

VIVIR Y ESCRIBIR EN LOS ESTADOS UNIDOS

(Sobre la novela *Peralillo*.
Desde USA con amor, de Juan Torres)

Silverio Muñoz
Gallandet University

El autor de esta novela sigue viviendo en California. Allí le conocí luego del Golpe militar en Chile —es decir, allí nos reunió el azar del fascismo—, y allí he vuelto a verlo, hará cuestión de unos pocos años, Darío mediante. Porque se trataba precisamente de eso. De reunir a los chilenos dispersos en ese año de 1988, brindarles la tribuna de Stanford University, y conmemorar el centenario de la publicación de *Azul...*, Fernando Alegría mediante.

Me gustaría pensar que el azar de la literatura es tan poderoso como el otro, pero me despedí de él en el aeropuerto de San Francisco sabiendo que tanto las conmemoraciones como los retiros lo tienen ya definitivamente sin cuidado. Resistió la primera sesión, resistió el primer cóctel, fue amable a su manera, alabó incluso la sonoridad de una frase que se decía inteligente, pero hacia la tercera ponencia del segundo día, me dijo, en esa forma tan suya de decir las cosas, tengo sueño, me voy a dormir, te espero en el auto.

Hay actitudes que valen sin duda una reflexión. Este escritor del Norte chileno, conoce por oficio de las latitudes, nunca dejará de substancializarse austral. Quién sabe qué lo llevó a la historia, quién sabe cómo se las ingenió para obtener un grado tal, en qué momento prolongadamente él mismo aguantó las aulas, elaboró una tesis, devino escritor.

Por eso, yo creo que el gran mérito de su novela es haberse escrito en la orfandad de todo decir. En ella la experiencia es siempre anterior a la escritura. Es como si el cuerpo sin el espejo que lo retrata, no existiera. El imperialismo ha tenido la virtud de enseñarnos eso. El imperialismo ha tenido la osadía de brindarnos sus calles, sus avenidas, sus universidades, sus simposios; ha hecho de nosotros lo que literalmente ha querido, pero excepcionalmente ha posibilitado también que la escritura sea posterior a la experiencia: posterior-a-la-experiencia-del-imperialismo. Es decir, una posterioridad paradójica que resulta ser *anterior* al asimilacionismo.

¿Pero cómo puede un sujeto tan inerte como un chileno en California, sortear semejante poder?

Me parece que gracias al antídoto del fracaso. Profesor en Chile, *junitor* en California; profesor en Chile, obrero del calzado en California; profesor en Chile, estudiante en California. Esto, esta reducción a los opuestos, esta “dialéctica” del opuesto social, constituye a la postre el único aprendizaje real —es decir, austral— que salva del nadismo norteamericano. También el sueño; también, también el repentino sueño que llega para desvelarlo todo, cómo no.

¡Pobres en realidad los otros!

Pobres aquellos intelectuales nuestros que nunca han sido confinados en las rejas que están del lado de allá.

Uno de esos ponentes del simposio me había dicho, en años de lucidez, que la bohemia reiterada de algunos escritores nuestros era, en esos años luengos del fascismo, un antídoto contra el arribismo. Y yo le encontré otra vez la razón. ¿Porque qué otra cosa sino un sedante contra el ayer augusto, era su perorata inteligentemente vana acerca del modernismo a cien años de *Azul...*?

Peralillo, en el norte chileno, y San Diego, en la parte sur del oeste norteamericano, son los referentes espaciales de la novela. Los temporales, un vasto período que comienza mucho antes del golpe militar y que se remonta a los años de la infancia del protagonista, Carlos Peralta. Los veinte capítulos en que se articula el texto no reconocen sin embargo una progresión cronológica, ni tampoco los referentes espaciales están meramente yuxtapuestos sino insertos dentro de la lógica coordinativa de la trama. Esta, en sus lineamientos inmediatos, es muy simple: resume el transitar de un personaje desde una cultura que le es propia a otra que le es foránea, y en la que no tiene en realidad otra opción que la de incluirse y funcionar de alguna manera. Las razones: políticas. Prisionero de la Junta, un organismo internacional logra sacarlo de Chile y enviarlo a California. Allí realiza al comienzo varios oficios que no se avienen con su condición de profesor de historia, ingresa luego a la universidad, obtiene un doctorado, y entra a trabajar por último en un colegio privado de enseñanza secundaria o preuniversitaria, pero como profesor de español. Todos estos hechos son narrados desde la tercera persona, pero muy cerca del protagonista. Es decir que en cuanto esto —en cuanto disposición de sus articulaciones formales—, esta primera novela de Juan Torres reconoce, a primera vista, una factura más bien convencional. Así, por ejemplo, como se apoya en el contrapunto entre los referentes espaciales y temporales, también lo hace en la figura de un personaje protagónico, etc.

Sin embargo, una lectura más atenta del libro pone de relieve diversas inconsistencias que quisieran lesionar esa lógica organizativa, y que le dan, a causa de lo mismo, una dimensión que tiende a ampliarse y a potenciarse.

El mismo título no deja de ser inquietante si uno se pone a pensar en él: *Peralillo. Desde USA con amor*. Aquí, al ámbito yanqui se lo sitúa cáusticamente a medio camino entre Peralillo y el amor. O bien, el destinatario, Peralillo, es objeto de una perspectiva cáustica. ¿O lo es más bien el amor? ¿O lo es tanto el amor, USA, como Peralillo?

En una novela del exilio como es ésta, la primera tentación es postular el mundo evocado, el mundo que quedó atrás, el mundo del cual uno ha surgido, como una especie de contrauniverso compensatorio. Es decir: puedo sobrellevar el hoy penoso si recuerdo el ayer feliz. O, lo que es lo mismo: yo no soy lo que soy sino lo que fui. Torres sin embargo es más estricto en el razonar: uno *es* precisamente porque *ya fue*. Es justamente esto lo que la práctica del escribir y del vivir le va revelando.

En efecto, si por un lado su memoria es pródiga para traerle el recuerdo grato de la “cocina materna”, del “parrón milenario”, de los “paltales indefensos”, de los “limoneros”, de las “cazuelas de ave”, de los “brebajes caseros”, de las “gallinas transeúntes” de su pueblito natal, no lo es menos para recordarle los niveles de degradación social que allí imperaban; para hacerle ver que su infancia (y la vida de tantos otros que están en el él), no fue otra cosa que un vivir desgraciado dentro de un contexto natural plácido; que antes que en la naturaleza, su vida se desplegó en la historia. Una historia local asqueante con su gamonal a la cabeza —Don Floro—, y con las autoridades eclesiásticas, policiales, educacionales y jurídicas secundándole.

No hay pasaje más ácido en el texto que aquel en donde el padre del protagonista

—Agustín—, hijo ilegítimo del mismo Don Floro, evoca su nacimiento, ¡justamente en los viñedos que son de la propiedad de éste! Es decir, al conjunto de esos racimos que más que uvas parecieran manar gotas de semen. Luego el narrador indica lo siguiente: “El niño creció en la penumbra, tímido e introvertido. Con el transcurrir del tiempo, y cuando percibió la actitud indiferente de su progenitor, su sangre se agrió y el escepticismo emergió como una constante que lo marcó a hierro”.

También al hijo, sin duda.

Entonces, la idea del contrapunto en Torres no tiene una naturaleza compensatoria sino complementaria. Así como Peralillo es un microcosmos de la realidad chilena, San Diego lo es de la realidad norteamericana. Hay una alternancia espacial pero una continuidad en las relaciones sociales. Las prácticas vejatorias —se nos sugiere— pueden diferenciarse en sus formas pero nunca en sus esencias. El paralelo más obvio en la novela lo constituyen los *allanamientos*, en busca de “izquierdistas” en Peralillo, de “ilegales” en San Diego: “¡la migra!, fue el grito de guerra que brotó espontáneo ante la presencia del primer funcionario del Servicio de Inmigración. Y luego dos, siete, quince, treinta hombres expertos en cacería humana que se abalanzaron rabiosos sobre aquella presa mansa que entregaba resignada sus puños al grillo. Los que lograban alcanzar la calle eran capturados de inmediato en medio de un aparataje impresionante de vehículos motorizados, carros lanza agua, sirenas escandalosas, potentes focos cegadores, bombas lacrimógenas y un ejército de perros babeantes dispuestos a destripar a todo aquel que tratase de escabullir la pesquisa”.

Etcétera.

Bueno, creo que en este momento debo agregar algo para los que no entienden cuando leen. Porque es muy distinto decir que el hombre es mortal, a morirse. Si la literatura ha de continuar sirviéndonos, si ha de seguir teniendo un sentido, debe ser escrita únicamente no por los que dicen que el hombre es mortal, sino por los otros. Es decir, la práctica de los *allanamientos* a que hace referencia Torres no constituye, dentro o fuera de la novela, una simple relación sino una experiencia. Lo que llaman “excelencia literaria” no es otra cosa que una ecuación eficaz y fundada entre materiales relevantes y una plasmación *ad hoc*.

Qué es eso del opuesto social. Ocurre que muchos de los que llegamos a ese país —a los Estados Unidos—, éramos, digamos, profesionales. Personas que habían hecho, por ejemplo, estudios universitarios, y que podían mostrar un título. De literatura, de medicina, de economía. O de historia, como el protagonista de la novela. Pues bien, lo que nos muestra Juan Torres es que a estos sujetos —incluido él mismo—, les costó muchísimo desempeñarse en una función diferente que era sentida como “inferior”. Para mí, esto constituye una zona nodal dentro del texto —esta circunstancia, este hecho, esta ¿desgracia? Torres no la resuelve sino que simplemente la plantea, pero ya es bastante. Es bueno hacer eso. Y lo es porque muestra, yo diría, una profunda insuficiencia en nuestro ser latinoamericano. O, tal vez, una profunda ignorancia de la esencia de nuestro ser, de nuestra contingencia histórica, de nuestra urgencia vital. Es decir: me siento bien si me reconocen mi posición de profesor, pero me siento malísimo si me reducen a mozo de los mandados, a *junitor*. Para esos oficios —y también otros— allí en los Estados Unidos uno debe sacarse una foto —sonriente, claro—, que deberá llevarse prendida a la altura del corazón (para que con el palpitar no se te escape la sonrisa de los labios, o para que el sonreír te oculte para siempre el corazón). Es lo que tuvo que hacer Carlos. Lo hace y luego observa su foto. Leamos: “El rostro en su conjunto traducía un hondo gesto de desesperanza interior, de impotencia y resignación ante la imposibilidad de desprenderse del material al que se

hallaba adherido. La boca, cual porfiada cicatriz borgiana, era una queja airada, pero al mismo tiempo congelada en el estatismo de la fotografía. En los ojos torvos no había mirada y sólo la nariz prominente y quebrada en su nacimiento, parecía concentrar toda la agresividad contenida, alzándose ella misma como el último bastión defensivo”.

Eso, esa sensación de frustración, de desvalimiento, de rabia, de dolor, quien lo introduce es el sistema. Quien sube al segundo peldaño, de seguro empezará a ascender por la escalera del asimilacionismo. Es lo que le ha pasado a la mayoría de los chilenos que han ido a dar a esos espacios del Norte del Continente. Y que se han transformado en profesores universitarios, en empleados del Banco Mundial, en esposos de sus mujeres gringas. Las excepciones confirman desde luego las reglas.

Ahora, el valor de Whitman, para Darío y para otros, es haber entendido —y *practicado* toda la vida—, que “somos la nieve, la lluvia, el frío, las tinieblas”. Aquí o allá, ahora o mañana. Yo no voy a entrar en las conceptualizaciones obvias que giran en torno a esto. Cuba, Nicaragua, El Salvador, son ejemplos demasiado claros.

Una axiología profesional se justifica dentro de un contexto sin irracionalismos de clase, pero no tiene sentido alguno dentro del delirante cambalache que es el sistema capitalista. En éste, por lo mismo, el máximo de positividad lo constituye el renunciamiento a la ética de lo propio, de lo mío, de lo que tengo.

Una novela, si me hace pensar en todo esto, es ya de por sí muy valiosa. Y también lo es si me permite “criticarle” algunas cosas.

Pero antes lo siguiente.

Su texto hace hincapié en los niveles de degradación social y de todo tipo imperantes en Peralillo, pero no desarrolla, por ejemplo, la propedéutica política del protagonista. Sólo indirectamente vamos sabiendo que adquirió una conciencia y una práctica tal, y que en razón de lo mismo es encarcelado a raíz del Golpe militar, y liberado luego por organismos simpatizantes. Pero lo importante, en todo caso, es que se trata de un militante.

Pues bien, una vez fuera, una vez en San Diego, este militante tuvo la posibilidad de seguir militando, de seguir, allí, en el corazón mismo del imperio, contando con directrices políticas y camaraderías próximas. Pero qué pasó.

Pasó que cayó en desgracia.

Es decir: en manos de la desgracia.

De la desgraciada cercanía de unos camaradas francamente irrisorios que pusieron “en tela de juicio su idoneidad”, entre otras cosas ¡porque se encontraba en los Estados Unidos!

—¿Y cómo explica usted el suyo, estimada Lynn, o el de Sotoconil, que viene llegando de la misma Madre Patria, incluso?

—Simple, pues compañero. Nosotros recibimos becas universitarias que no son otra cosa que un reconocimiento justo a nuestra calidad académica.

—Bueno, pero él también está en la universidad ahora. El hecho de que haya entrado como refugiado no le quita ni le pone, ¿no le parece a usted?

—Sea como sea, compañero, a Sotoconil y a mí no nos merece confianza. El partido ya tiene su impresión y punto.

—¿Se consultó a las masas? —insistió Rommel.

—No es necesario. A este caso le viene de cajón la aplicación de los principios del centralismo democrático y de verticalidad de mando. ¿No le parece suficiente?

—¿Significa esto su expulsión?

—No aún. Por ahora queda bajo observación en primer grado y un pase a control y cuadro.

Yes que finalmente el escritor no puede ocultar. En rigor, se es escritor para esto: para mostrar las lacras allí donde se encuentren, aunque se trate de seres a quienes uno ha querido o sigue queriendo. Eso es lo único que podrá ayudarnos a combatir mejor mañana, o en el minuto próximo. Y ni siquiera a nosotros, para qué ilusionarse tanto. A esa gente más lúcida, más crecidamente humana que habrá de sucedernos. Es difícil entender ciertas cosas. ¿Por qué el grupo de San Diego, en lugar de dignificarse en la práctica, termina más bien degradándose en ella? Lo que une a Carlos a esa gente es un pensamiento político común. Lo que lo separa, es la verificación de sus incongruencias conductuales. Esto, por lo demás, no resulta nada nuevo, pero se lo ve mejor allí en los Estados Unidos: sujetos latinoamericanos que se dicen izquierdistas pero que se comportan como discípulos aventajados del capitalismo. Piénsese, por ejemplo, en la figura del “catedrático”. Su inteligencia le permite ver bastante, pero no le permite verse a sí mismo. Ver su individualismo, su egolatría, su despótica actitud. Individuos penosos como él tienen fácilmente su “cátedra” asegurada en el imperio, pero es obvio que la pierden en la novela de Juan Torres.

¿Y qué salida le queda a un sujeto positivo que es rechazado por sus propios camaradas, entre los cuales se cuenta nada menos que su misma esposa? “El último contratiempo con el Partido fue más bien un coletazo y éste le vino de su propia esposa. Presa de un dogmatismo elemental y de su temperamento impulsivo y menopáusico, se cerró también a todo cuestionario crítico. A sus ojos Carlos fue destiñendo y pasó de puntudo a chueco y de esto a traidor de un tirón, sin transitar por las categorías intermedias del intelectual anarquista o del burgués anticomunista”.

Yo creo que preguntas de ese tipo, trabajadas afanosamente en la soledad de alguna pieza californiana —nunca el oído negándose a percibir el oleaje del Pacífico—, han terminado llevando a este historiador a la literatura. Porque el escribir es eso. Es dar cuenta de un mundo y someterse al veredicto de personas que pudieran tener una visión más amplia. No se piense —¡ah!— que el imperialismo no ofrece alternativas en estos casos. Entonces, para mí, precisamente su novela, es el mejor argumento que yo tengo para creer en la positividad de él. Una positividad que sus mismos compañeros tenían acorralada —para decirlo con otra de sus imágenes certeras—, “como a judío en campo de concentración nazi”.

De todas maneras —y esto otra vez para aquellos que no entienden cuando leen—, el escritor, al poner de relieve las deficiencias, no lo hace sin primero decirnos que se dio una práctica política allí, defectuosa, incongruente a ratos, exacerbada por la presión de un entorno que al más ducho lo puede dejar meando fuera del tarro, pero práctica al fin, y por ello en sí misma positiva, hasta un nivel que sólo la historia podrá algún día clarificarnos. Ninguno de nosotros puede, hoy, poner en relación con esto el más mínimo adjetivo.

Tal vez por sentirlo, por comprenderlo de algún modo así, el protagonista opta por bajar la cabeza y ampararse más bien en sus manos, en la orquestación de los dedos que trabajan “músculo en la masa” para fabricar luego las *empanadas*, que por millares se produjeron en San Diego para ayudar a la causa. Es lo que termina ¿salvándolo? de la expulsión. A la postre, sin embargo, ha de quedar solo; sin su Partido, sin su esposa, sin poder ejercer como profesor de historia.

Es decir que cuando mejor preparado se hallaba para habérselas con la vida —en sus niveles de plenitud política, profesional y familiar—, las ¿circunstancias?, le niegan la posibilidad de realización. La situación suya, así, parece ser la de los caballos mamporreros andaluces a que se hace referencia en el capítulo “Obrero del calzado”; esto es,

la de “aquellas pobres bestias a las cuales los nativos de la región les malogran el acto sexual justo en el momento del orgasmo”.

Los entendidos en estas mamporreras materias aseguran que los seres no se mueren el día anterior. Tampoco Carlos Peralta. El náufrago se diferencia del muerto en que éste lo está, pero aquél todavía no. Se es náufrago precisamente porque se rechaza la muerte, y sin duda que con más fuerza entonces que antes. Pero para ello se requiere de una tabla que a uno lo salve de hundirse en las aguas siempre borrascosas del capitalismo —llámese conformidad, llámese escepticismo, llámese “ahuevonamiento” (porque en ese país basta un auto, una casa, unas cuantas separatas, unas *credit cards*, un *tenure* para “ahuevonarse” *for ever*). La tabla que encuentra el protagonista se llama “regreso”. Y lo es en un sentido dual.

Primero, el regreso como retorno a la patria. Es lo que en efecto hace luego de vivir más de una década en los Estados Unidos. Pero no el regreso para quedarse sino para verificar si es posible el regresar. Leamos: “El pueblo entero sabe que vivió tres segundos en una de las ciudades más grandes de un importante país extranjero y que está lleno de nuevas experiencias. Pero al mismo tiempo sabe que en ese breve lapso se avinagró la sabia fresca que corría por sus venas”. Esto, este “avinagramiento” (¡el vino otra vez!), trabajará porfiadamente para que la experiencia del retorno en el fondo se malogre. Hay una realidad sin duda desgraciada que es la del exilio, pero hay otra todavía más desgraciada que es la de sentirse o captarse exiliado en su propia tierra. La novela trabaja también este tópico (“¿Sabes que ni siquiera me preguntó dónde había estado yo todo este tiempo?”), pero dejando, me parece, bastantes cosas en penumbra. Tal vez a causa del mismo “avinagramiento”, que le impide al personaje comprender los componentes ideológicos que le dan, al “avinagramiento”, existencia como tal. Por eso lo vemos paseándose por su pueblo como “un tigre viejo hastiado de vivir”.

Segundo, el regreso a través de la literatura. Es decir, este centenar de páginas que se remontan a su misma infancia, que se afanan por echarle una ojeada de rigor a su pueblo natal, que recogen la experiencia de su exilio yanqui. ¿Por qué? ¿Por qué para este historiador la literatura termina transformándose en una tabla de salvación? ¿Y encuentra finalmente en ella una manera de quedar en la historia?

La primera experiencia del mundo norteamericano le viene dada al protagonista a partir del lenguaje: “El exilio emergió como un retorno a los orígenes y tuvo que volver por lo elemental de la existencia, por el blanco y negro de las cosas, por el sí o el no, por lo bueno y lo malo. Aprendió que ‘bueno’ se escribe ‘good’, pero que no suena ‘good’ sino ‘gud’, con ‘u’ y con una ‘d’ final que tiene algo de ‘t’. Dedujo que ‘good’ es lo bueno y ‘no good’ lo opuesto. Pero pronto comprendió que el ‘no good’ tiene connotaciones que van mucho más allá del simple no...”. Yo recuerdo haber subrayado este pasaje la primera vez que leí el manuscrito, porque me pareció sorprender en él un chispazo no sé si verde, no sé si rojo, pero en todo caso un indicador direccional. Más que de analogías, se trata en este caso de homologías. Si por una parte la mediación lingüística del inglés remite al protagonista a los orígenes, la literatura se le va a constituir al autor en el origen por excelencia. Un origen por cierto múltiple, pero que es sobre todo *fundamento*. El escribir, así, es una práctica configuradora de orillas, de superficies que a uno lo aproximan, desde el exterior caótico a tierras del presente que han de permitirle el caminar hacia el mañana del “reencuentro” con un norte más real en la mirada.

...Pero es también —claro— un regreso al único elemento cultural que le queda como propio: *el español*. El imperialismo pudo haberle robado todo lo demás (comen-

zando por el propio país), pero esto, su lengua, *esto*, todavía no. A nivel argumental, al protagonista, en las páginas finales, lo vemos desempeñándose como profesor de español en un colegio secundario o preuniversitario en el norte de California (¡cuánto no le pena el norte a este sureño empecinado!). Pues bien, este mismo hecho no viene sino a acentuar una correspondencia bien cimentada entre empirismo y supuestos, por más que se la sienta como una actividad algo vanal: “Para esos chicos, el estudio de la lengua española es un pasatiempo. Lo hacen porque se divierten y porque (...) pueden practicarla con la servidumbre de sus casas, esas cocineras, jardineros o peones agrícolas, todos mexicanos ilegales, sumergidos en la Tierra de Promisión”.

Por qué *todavía no*. Indiqué antes que su lógica organizativa convencional tiende a ratos a lesionarse, revistiendo comportamientos narrativos que van en direcciones encontradas (hasta se diría que pujando de esa manera para el encuentro). ¿Habría que censurarlos como insuficiencias formales? Tal vez lo sean desde una perspectiva estética idealista, pero nunca para los que seguimos pensando que la literatura es mucho más que la simple actualización de categorías supuestamente atemporales.

Sucede, por ejemplo, que en cierto momento, y no por azar hacia el final, cae la figura del narrador omnisciente, y pasa a primer plano la voz del protagonista. Pero con un ¿agravante?: escindido en dos (cómo pugna por configurarse la ideología del dualismo: aquíallá, ahoraentonces, salidaregreso, literaturarealidad, PeralilloUSA ¿el amor?). En dos Carlos que se ponen a dialogar, primero algo indiferenciados haciendo un balance del regreso, pero luego claramente dos, cuando aluden a su *in situ* yanqui: uno es un Carlos lingüísticamente “achicanado” —es decir, alguien que se expresa a medias en español, a medias en inglés, o que intercambia las estructuras de ambos lenguajes—, y el otro, no. Pues bien, así termina la novela, con el segundo corrigiéndole al primero, en una especie de *chanza* que nada tiene en verdad de tal.

Y no lo tiene porque es algo simplemente muy serio. Porque se trata de una realidad de hecho. Porque en esa pendencia de los yo se ejemplifica todo un fenómeno social muy triste para los latinoamericanos, la mayoría de los cuales termina (¿me pasará a mí también?) devorando esa parte que constituye el único sentido real de su existir, la única que de veras justifica el estar vivo, el *merecer* estar vivo, particularmente ahora, en un momento en el cual a diario se mata a salvadoreños, a nicaragüenses; a *nicaragüenses*, a salvadoreños; a... Sí, Martí también vivió en los Estados Unidos, ¿y qué lo salvó de adquirir la conciencia del colonizado? He ahí un libro que está *todavía* por escribirse. También este otro: una novela, un ensayo, o uno de cuentos en que obstinadamente se muestren las resistencias al regreso. El de Torres también apunta en esa dirección, pero todavía muy anclado en planteamientos de tipo epidérmico. Pero se ve que su conciencia está trabajando en ello. Que sus pupilas se le dilatan para mirar bien en la profundidad de las cosas. Y hasta se divisa el humo quemando su penúltima *stultifera navis*. O, como lo diría Whitman: “¿Qué es aquel pequeño objeto negro que veo allá, en lo blanco?”.

Al final, pues, cae la figura del narrador omnisciente, y a mí se me ocurre pensar que nunca un “final” es tan en lo exacto precisamente eso. Postular un narrador omnisciente es a fin de cuentas un reduccionismo del yo, una forma de enmascarar al yo. Sin credibilidad en un sistema, con el “avinagramiento” del retorno, sin su Partido, ni siquiera inserto en un núcleo familiar, cómo pudiera sostenerse la figura de una paternidad. No vamos a pensar que los historiadores son demasiado duchos en las artimañas de los literatos de profesión. Podrán conocer la historia, pero en cuanto a la vida, no les queda más posibilidad que ésa: vivirla. Y porque esto es así, porque para él literatura y vida son realidades inseparables, el final ha de mostrarlo como lo que en realidad ahora es: un yo que se ríe de sí mismo y de los demás, pero que lo hace para

no perder su naturaleza de tal, su positividad de tal. Por lo demás, es ésa la imagen última de la novela: una sonrisa congelada en el rostro de Carlos, "a medio camino entre una oreja y la otra".

Como categoría estética, la parodia es una constante en este libro. Son muchos los pasajes que me gustaría analizar, pero las ponencias —¿verdad?— no deberían ser nunca demasiado abusivas. Tan sólo esto, que pertenece al capítulo "El viejo socio": "El narrador comenzó a írsele encima en la misma medida en que él retrocedía". Esto siempre me ha provocado risa, y lo hace otra vez. Yes que hay, de veras, en Juan Torres, una vocación muy cierta para la ironía. Pero de la ironía que importa. La que viene del sujeto *agónico* y va aproximándose al *profético*. Puede escribirse todo un ensayo al particular. Después se dice: "El monólogo terminó exactamente al cabo de dos horas y a un kilómetro justo del lugar donde fue iniciado".

Palabras finales.

Sí, la ironía se caracteriza por eso, por disolver todos los límites —los límites de un universo sentido como lo que es, *cambalachero*—, y por dejar al sujeto que la practica libremente flotando sobre sí mismo. Es, entonces, tanto ignorante como sabia. *Ignorante*, porque no conoce el nombre de lo nuevo; *sabia*, porque sabe que lo nuevo no puede ser de la misma forma que lo antiguo.

Ojalá uno pudiera tener la capacidad de decirle a los otros lo que deberían hacer. En mi caso, definitivamente nunca. De todos modos, a mí me parece que Juan Torres está bastante bien preparado para escribir la literatura que interesa escribir. En este sentido, pudiera resultar profética esa escisión final del yo con un doble de Carlos "achicanado". Porque yo creo que si su aprendizaje ha sido de veras real, lo ha predispuesto estupendamente para escribir una segunda novela que bien pudiera llamarse así: *Chicanos...* Chicanos en la patria dariana de Whitman y Roosevelt. Para aprovechar, digamos, todavía más, el destino que la Mistral pareciera sugerirle en el epígrafe que él coloca a la novela (de su vida): "Aquí me estoy".